

LA PRAXIS DE LAS VIRTUDES DEL CIUDADANO. INSTRUMENTOS PARA CONRRARRESTAR EL DÉFICIT DE LA PARTICIPACIÓN POLÍTICA

Karla Fabiola Vega Ruiz¹

I. INTRODUCCIÓN

El tema que se desarrolla en la presente ponencia se auspicia de la respectiva área del conocimiento de algunas ciencias, tales como la filosofía, la sociología y la política, a partir de estas, se pretende construir los argumentos que soportan la premisa de que la práctica de los valores del ciudadano democrático coadyuva en neutralizar el déficit de la participación política. Es importante aclarar que lo que se plantea en este espacio, no viene a resolver determinantemente el problema, sino, lo que se va a exponer es que dicha praxis axiológica es un elemento instrumental de la participación política que debe ser atendido.

Ahora bien, la participación política del ciudadano en el marco de las sociedades liberales y en las democracias representativas (Urquijo Angarita, 2011), ha mostrado displicencia y apatía. Este contexto refleja el individualismo que ha venido permeando ominosamente en la vida del ciudadano hasta el momento. Es preciso contextualizar el marco político y social para posteriormente derivar la problemática que se advierte y tratar de resolver en tanto la teoría y la práctica lo permitan.

Entonces, la problemática parte inicialmente de que la ideología del ciudadano de las democracias liberales es de filiación individualista, ahora, en consecuencia, esta dependencia al individualismo se refleja en la ejecución de los valores de esta doctrina, misma que trasciende en acciones de las que subyace un interés individual, dejando aquella práctica

¹ Doctora en Derecho Electoral por el Instituto de Investigaciones y Capacitación Electoral del Tribunal Electoral del Estado de Jalisco; Miembro del Sistema Nacional de Investigadores (SNI) de México; Profesora e Investigadora de tiempo completo de la Universidad de Guadalajara; Miembro del Comité Editorial y Coordinadora de *Justicia y Sufragio*. Revista Especializada en Derecho Electoral, del Tribunal Electoral del Estado de Jalisco, México; y, Directora del Instituto de Investigaciones y Capacitación Electoral del Tribunal Electoral del Estado de Jalisco, México. Correo electrónico: kfvr15@hotmail.com

motivada por los valores que generan el vínculo con lo demás, es decir, el vínculo político que satisface intereses más abarcadores que el individual.

A partir de lo anterior es que se pretende abordar en esta ponencia este tema, con los objetivos, el primero, advertir que el ciudadano se encuentra inmerso en una ideología que guía la ejecución de acciones que impactan en su participación en el público; segundo, exponer las virtudes que se consideran necesarias para el desarrollo de la participación política; tercero, dar cuenta de la necesidad del ejercicio de las virtudes cívicas y los resultados de incorporarlos a la conducta del ciudadano.

Una vez que se han mencionado los objetivos del presente trabajo, es menester desde luego, referir el diseño temático el que consta del siguiente orden: primero se realiza un análisis de los rasgos del individualismo, según Gilles Lipovetsky; posteriormente, se estudian las virtudes que propone Will Kymlicka, -que desde la óptica del autor del presente documento- son instrumentos que motivan la participación política; en seguida, se elabora un bosquejo de la construcción del ciudadano en las virtudes éticas; y, finalmente, las conclusiones.

Cabe señalar que, para la presente investigación, se acudió al método hipotético deductivo, y al análisis doctrinal para abordar el objeto del tema en cuestión.

Puesto que ya quedó señalada la agenda y la metodología de los puntos a examinar, resulta preciso dejar en claro que la postura de este texto no decanta en lo absoluto en una visión comunitarista, es decir, reprobar lo que defiende el individualismo en su totalidad. La idea aquí es advertir las flaquezas de una ideología que impactan en el ciudadano y tratar de difuminarlas mediante las fortalezas que pueden estar asociadas a una visión comunitarista, -esto se aclara con el ánimo de no crear intrincadas interpretaciones-.

II. EL INDIVIDUALISMO

El término individualismo, se ha utilizado históricamente con el objetivo de identificar las ideologías derivadas del contrato social que nacen en el siglo XVII como a las que posteriormente se originan (Dieterlen, 1990). Si bien, “no emplean la noción de contrato, heredan la visión de la sociedad como constituida por individuos, por sujetos que tienen metas, proyectos y fines específicamente individuales” (Dieterlen, 1990).

Como se observa las teorías contractualistas coinciden en el contenido ideológico que consiste en que “los individuos se someten al pacto social, porque éste les garantiza el cumplimiento y la realización de esos fines, metas y proyectos” (Dieterlen, 1990).

Por el contrario, “las teorías no contractualistas, como el utilitarismo, afirman que para que la sociedad funcione hay que hacer coincidir esas metas con las de la mayoría, para que éstas puedan ser satisfechas” (Dieterlen, 1990).

Hasta aquí se percibe que el corazón del dilema se centra básicamente en los intereses y necesidades individuales vs intereses y necesidades colectivas. Las teorías contractualistas utilizan el “pacto social” como instrumento para la consecución de sus fines, antagónicamente, las teorías no contractualistas emplean como instrumento al individuo para la consecución de los fines de la sociedad en su conjunto. Así las cosas, ambas perspectivas teóricas, se pueden convertir en una amenaza para el individuo y para la colectividad, parece ser que lo importante es encontrar el equilibrio entre ambas.

Es dable aclarar que Steven Lukes elabora una distinción de la taxonomía del individualismo, la que se describe a continuación:

El individualismo ético sostiene que la moral es un asunto esencialmente individual. La fuente de la moralidad, es decir, de los valores morales, de los principios éticos y el creador de los criterios de evaluación moral es el individuo. La persona es el árbitro de los valores morales porque goza de autonomía y dignidad. Esta idea es una consecuencia de la teoría moral kantiana, ya que sólo las personas individuales pueden juzgar la universalidad de sus acciones (en Dieterlen, 1990).

El individualismo político, por su parte, afirma que la sociedad es un conjunto de individuos racionales, generadores de deseos y preferencias y únicos jueces y defensores de sus intereses. Las ideas principales del individualismo político son las siguientes: 1) la legitimidad y la autoridad del gobierno derivan el consentimiento individual de los ciudadanos; 2) la representación política no es una representación de sectores o de clases, sino de intereses individuales; 3) el propósito del gobierno es

proporcionar la satisfacción de las necesidades particulares y la protección de los derechos individuales (en Dieterlen, 1990).

El individualismo económico se basa en la creencia de que las leyes del mercado tienen la racionalidad suficiente para funcionar sin la intervención o con una mínima intervención del Estado. Dicho individualismo supone la propiedad privada de los medios de producción y la libertad en el mercado, tanto para adquirir mercancías como para adquirir fuentes de trabajo (en Dieterlen, 1990).

El individualismo metodológico supone las siguientes creencias: 1) la creencia de que la sociedad, las instituciones y los grupos están formados por individuos que desempeñan ciertos roles, que las tradiciones, las costumbres, las ideologías y el lenguaje son formas en que las personas actúan, piensan y hablan; 2) la creencia en que cualquier proposición sobre los seres humanos o es una proposición que puede ser reducida a individuos o es una proposición sin sentido. Los predicados que se refieren a fenómenos sociales deben ser definidos en términos de predicados que se refieren a fenómenos individuales; 3) la creencia ontológica de que en la sociedad sólo los individuos son reales, los fenómenos sociales son construcciones mentales; 4) la creencia en que las instituciones sociales deben ser explicadas por los fines individuales de las personas que se encuentran en ellas (en Dieterlen, 1990).

Después de definir la clasificación de Steven Lukes, que se considera necesaria para ubicar, comprender y delimitar esta doctrina, se mostrará en seguida, el individualismo que define Gilles Lipovetsky, el cual distingue a las sociedades democráticas y liberales, -tal y como la que se perfila en México-.

Gilles Lipovetsky, contextualiza un individualismo que yace en la etapa posmoderna, en la cual impera una cultura de la emancipación individual extensiva y denota una sociedad que evidencia indudable la autonomía individual.

De manera que el contenido del individualismo trae una “política personalizada, de ella emergen nuevos [...] valores individualistas-democráticos por excelencia desplegados a gran escala por el consumo de masas” (Lipovetsky, 2002: 25). En el postmodernismo

individualista, aparece “la democratización del hedonismo, la consagración generalizada de lo Nuevo [...]” (Lipovetsky, 2002: 105), es decir, los valores dominantes de la vida son el placer y el estímulo de los sentidos (Lipovetsky, 2002).

Así que la privatización exacerbada de los individuos, crea a un individuo narcista donde este se toma como fin último y sólo existe para sí mismo, creando una dimensión privada que “sólo reconoce como ley fundamental su supervivencia e interés personal” (Lipovetsky, 2002: 192).

Ahora la prioridad del conjunto social como lo refiere Lipovetsky “se diluye en provecho de los intereses de las voluntades individuales, los códigos sociales que ligaban al hombre a las solidaridades de grupo ya no pueden subsistir [...]” (Lipovetsky, 2002: 193).

Con respecto a la vida política, este filósofo y sociólogo francés, aduce que la indiferencia a la democracia significa exclusivamente “abandono emocional de los grandes referentes ideológicos, apatía en las consultas electorales, banalización espectacular de lo político [...]” (Lipovetsky, 2002: 130). Cabe decir que también menciona que “la indiferencia pura y la cohabitación postmoderna de los contrarios corren parejas: no se vota, pero se exige poder votar; nadie se interesa por los programas políticos pero se exige que existan partidos; no se leen los periódicos, ni libros, pero se exige libertad de expresión” (Lipovetsky, 2002: 130).

En resumidas cuentas, Lipovetsky aporta los rasgos inherentes del individualismo que está permeando en las sociedades democráticas, como ejemplo de ellas, la sociedad mexicana en donde se pone en evidencia la crisis de la participación política en los procesos electorales, cabe puntualizar que ese déficit puede estar relacionado con algunos otros factores, verbigracia: la impunidad, la inseguridad, la corrupción y la desconfianza, empero, para efectos de la presente disertación se analizará específicamente rasgos ideológicos que den pie a la indiferencia y la apatía que lleva implícitamente el individualismo de las sociedades democráticas.

III. VIRTUDES DEL CIUDADANO DE KYMLICKA

Tal y como lo afirma Kymlicka, la educación para la ciudadanía implica “una serie de disposiciones, virtudes y lealtades que están íntimamente ligadas a la práctica de la ciudadanía democrática” (Kymlicka, 2003: 341).

Ahora bien, el autor canadiense se centra en cuatro virtudes de estirpe liberal, -puede resultar paradójico con lo esbozado en líneas anteriores- no obstante, aquí se refiere a los principios básicos de un régimen democrático, contrario a lo anterior, que se hablaba sobre la dinámica ideológica que se introduce en las sociedades de ese régimen.

Estas son las virtudes en las que se centra Kymlicka y las que se consideran trascendentales para hacer proclive la participación política:

1. El espíritu público, lo que incluye la capacidad para valorar la actuación de las personas que ocupan un cargo público y la disposición a implicarse en el discurso público.
2. Un cierto sentido de la justicia y la capacidad de discernir y respetar los derechos de lo demás, unida a la de moderar correspondientemente las propias reclamaciones.
3. Civilidad y tolerancia.
4. Un sentimiento compartido de solidaridad (Kymlicka, 2003: 345).

La primera virtud, el *espíritu público*, “incluye la capacidad y la disposición a implicarse en el discurso público en cuestiones relacionadas con la política pública, así como la capacidad de cuestionar la autoridad” (Kymlicka, 2003: 345). Asimismo, la *necesidad de implicarse en el discurso público*, “surge del hecho de que las decisiones del gobierno en una democracia deben tomarse de forma pública, mediante un debate libre y abierto” (Kymlicka, 2003: 345). Al mismo tiempo relata que el discurso público debe entenderse como “la disposición a escuchar con seriedad una serie de opiniones” (Kymlicka, 2003: 346).

La segunda virtud, *sentido de la justicia*, “no significa simplemente que no hagamos daño o que no explotemos de forma activa a lo demás” (Kymlicka, 2003: 347). Es más que

eso, “implica también el deber de prevenir la injusticia, creando instituciones justas y consiguiendo que sigan siendo justas. Por consiguiente si en nuestra sociedad se comenten graves injusticias que sólo pueden rectificarse mediante la acción política, entonces los ciudadanos deberán reconocer su obligación de protestar contra esa justicia” (Kymlicka, 2003: 347)

La tercera virtud, *civilidad*, “la civilidad guarda relación con el modo en que tratamos a los no íntimos con los que mantenemos un contacto cara a cara. Para entender la civilidad, resulta útil compararla con un requisito relacionando con ella: el de la no discriminación” (Kymlicka, 2003: 348). Entendida la civilidad como no discriminación supone una lógica de ampliación a todos los ciudadanos, es decir, es un elemento necesario para garantizar que todas las personas tengan las mismas oportunidades de participar en la sociedad civil.

La cuarta virtud, *sentimiento compartido de solidaridad y lealtad*, se refiere al cumplimiento de los principios de tolerancia, justicia y democracia (Kymlicka, 2003).

Estas cuatro virtudes que se consideran como disposiciones de la persona para obrar (RAE, 2016) o disposiciones para la acción -según Aristóteles-, se constituyen como las acciones cuyo contenido es necesario para fomentar la participación política, ya que, si el ciudadano actúa en estas cuatro directrices, es plausible que desarrolle la capacidad de actuación que se requiere en una sociedad como la mexicana. Es importante hacer énfasis en que inicialmente estas directrices deben incorporarse a la ideología del ciudadano, posteriormente, puedan ser proyectadas en el espacio público.

IV. LA CONSTRUCCIÓN DEL CIUDADANO EN LAS VIRTUDES ÉTICAS

Se tomará como ejemplo el diseñado por Jordi Riba, el que intitula *Los tres momentos de la construcción del ciudadano*, en este esquema teórico la filosofía tiene presencia para hilvanar tres momentos claves en la construcción del ciudadano.

El momento inicial de la construcción del ciudadano es el momento teórico. Este espacio se identifica por la determinación de los principios y valores que lo caracterizan

(Riba, 2010), es en esta fase donde el ciudadano debe forjar una ideología respecto a los valores y virtudes intrínsecos a su carácter.

El segundo momento, -aunque no lo menciona de manera clara-, se logra interpretar que tiene que ver con la concepción de lo político coherente con los intentos permanentes de recuperación del sentido perdido de la política, en términos llanos, es vislumbrar la conciencia de lo político. Es oportuno citar lo que señala Hannah Arendt:

Lo que mejora a los humanos y a los ciudadanos es la conciencia de que el humano es un ser que piensa y actúa a la vez, a saber, alguien cuyos actos van acompañados invariablemente e inevitablemente de sus pensamientos. Es el pensamiento, y no la acción, lo que sirve de base a esta asunción, porque sólo dentro del pensamiento es donde uno puede llevar a cabo el diálogo de ese dos en uno que es (en Riba, 2010: 142).

Posteriormente viene el tercer estadio, el que se hace compleja su explicación, no obstante deja ver que se refiere al:

... hecho de tomarse en serio la existencia significa, pues, que la filosofía no puede ser pura teoría una mera contemplación, sino que debe siempre vincularse a la acción concreta. Este vínculo entre pensamiento y la acción es para Patócka el elemento decisivo. La teoría ha de traspasar la simple teoría y unirse a la praxis (en Riba, 2010: 143).

De los tres momentos se desprenden las acciones que pueden coadyuvar en que las virtudes éticas se materialicen, estos actos se pueden resumir en: a) incorporar las virtudes, valores y principios en la ideología del ciudadano, b) estar conscientes y reflexivos en lo político y c) vincular el contenido teórico con la práctica. Aquí lo interesante es la relación que tiene la política, la ética y la filosofía con el ciudadano (Riba, 2010). La construcción del ciudadano en las virtudes éticas es una triada que se constituye con la incorporación, el pensamiento reflexivo y la acción congruente.

Entendidas así las cosas, Victoria Camps menciona que:

Un perfil que, en las sociedades liberales, no consiste en la adecuación a un cómputo de virtudes como las que proponían los clásicos, sino en la adquisición de lo que alguien ha llamado un carácter democrático, a saber, un carácter dispuesto a respetar la libertad y la igualdad política, a adquirir un sentido de la tolerancia, de la obligación, de la equidad y de la autodisciplina.

Para terminar, resulta imprescindible que exista una educación cívica que pugne por la práctica de las virtudes propuestas por Kymlicka, ya que el ejercicio de estas, decanta en una participación política en términos éticos.

VI. CONCLUSIONES

1. El ciudadano que se encuentra suscrito en las sociedades democráticas y liberales, se ha caracterizado por tener una ideología individualista propia de la época posmoderna. Dicha ideología ha gestado una indiferencia y apatía por las cuestiones públicas, el vínculo social es débil ya que no hay un interés por el otro, sino por el propio. La premisa del interés individual se ha llevado a la práctica, se han maximizado los valores del hedonismo y el estímulo de los sentidos. La combinación de todo el contenido doctrinario del individualismo ha generado impedimentos para la participación política, esto es así, porque la indiferencia se ha traducido como la apatía en la participación de las consultas electorales, la banalización espectacular de lo político, etcétera.

2. La sociedad mexicana es una sociedad democrática y liberal, de ahí que se ha visto en los últimos años que la participación política de los ciudadanos se ha visto en decadencia por influencia de la indiferencia y apatía por las cuestiones políticas.

3. Las virtudes que refiere Kymlicka, tales como el espíritu de lo público, sentido de la justicia, civilidad y tolerancia, sentimiento compartido de solidaridad, constituyen en su conjunto el vínculo del ciudadano con la sociedad en la que esta inmerso. Obviamente si tiene la disposición para obrar en congruencia con esos principios básicos del régimen democrático.

4. La construcción del ciudadano en las virtudes éticas, se puede generar a través de tres momentos que consisten en: a) incorporar las virtudes, valores y principios en la ideología del ciudadano, b) estar conscientes y reflexivos en lo político y c) vincular el contenido teórico con la práctica. Lo anterior se traduce como el gran reto de las sociedades democráticas, en las que lograr la participación política a través de la práctica de las virtudes, es tanto como decir, que la práctica es el reflejo de la teoría.

5. La educación del ciudadano en las virtudes, se relaciona también con la injerencia que debe tener la filosofía, la política y la ética en él. Esto significa que la “educación filosófica es enseñar a pensar y razonar” (Riba, 2010); la política por su parte es involucrarse en las decisiones del gobierno; y la ética, es enseñar a obrar conforme a los principios y valores propios de un régimen democrático como lo son: libertad, igualdad, tolerancia, solidaridad y justicia.

6. Las virtudes éticas se convierten como instrumentos para contrarrestar la crisis de la participación política, siempre y cuando logren incorporarse en la ideología del ciudadano y se lleven al terreno práctico, para lograr esto, es necesario la educación del ciudadano donde las ciencias formadoras sean la filosofía, la ética y la política.

VII. BIBLIOGRAFÍA

Dieterlen, P., 1990. *Biblioteca ITAM*. [En línea]
Available at: http://biblioteca.itam.mx/estudios/estudio/letras22/textos4/sec_1.html
[Último acceso: 2016 septiembre 18].

Kymlicka, W., 2003. *La política vernácula*. Breclona: Paidós Estado y Sociedad.

Lipovetsky, G., 2002. *La era del vacío*. Barcelona: Anagrama.

Riba, J., 2010. La educación permanente del ciudadano. En: *Democracia sin ciudadanos*. Madrid: Trotta.

Urquijo Angarita, M. J., 2011. La ciudadanía democrática como agente. En: *Repensar la ciudadanía. Desafíos de un nuevo pacto global..* Guadalajara(Jalisco): Tecnológico de Monterrey, p. 124.

